

# El cine crítico como expresión del autoritarismo

Anaïs Abreu D'Argence

*No todo mundo alaba sin reservas el multipremiado cine mexicano que se concentra en las fibras más patéticas de nuestro ser. Aquí una crítica al respecto.*

*El único verdadero film que podría hacerse sobre [los campos de concentración] —que jamás se rodó y que no se rodará jamás porque sería intolerable— sería filmar un campo desde el punto de vista de los torturadores, con sus problemas cotidianos. ¿Cómo hacer entrar un cuerpo humano de dos metros en un féretro de cincuenta centímetros? ¿Cómo descargar diez toneladas de brazos y piernas en un vagón para sólo tres? ¿Cómo quemar cien mujeres con gasolina para diez? [...]. Lo insostenible no sería el horror que destilarían tales escenas sino, muy por el contrario, su aspecto perfectamente normal y humano.*  
—Jean-Luc Godard, *Cahiers du Cinéma*, 1963

EL ARTE DEBERÍA SER SIEMPRE una puerta abierta. Es verdad que todo arte refleja una postura ante el mundo, que todo artista aprovecha su oficio para plasmar una forma de “ver las cosas”; sin embargo, una buena obra de arte nos permite interpretarla, mas no se nos da interpretada. No es ninguna novedad que entrar en una obra de arte es similar a entrar en un mundo para conocer sus colores, sus texturas, sus paisajes. Pero quizá lo más valioso de ese mundo que se nos muestra es que siempre es distinto, que el impacto que provoca siempre es un proceso individual: cada quien lo observa y lo comprende desde su propio deseo o hambre. Por eso a veces los acercamientos a una buena película pueden ser tan variados que podría parecer que todos hemos visto películas distintas. Nadie nos





dice qué debemos mirar, dónde tenemos que detener el ojo, ni mucho menos qué debemos pensar o sentir con respecto a algo. Se nos muestra la misma cosa aparentemente, la misma escena; pero nosotros estaremos siempre frente a una cosa distinta. La importancia de las cosas es siempre relativa. Y ésta es una de las grandes riquezas del arte: que nos recuerda nuestra capacidad para “pensar”. Todo arte estimula el pensamiento, eso se sabe de antemano. Sin duda, resulta profundamente aburrido cuando una película (o en realidad cualquier obra de arte) es demasiado explícita, cuando el director (o el autor) nos muestra todo el mundo tal cual quiere que lo veamos: con las sensaciones y emociones claras que quiere provocar en nosotros. Entonces, ese maravilloso diálogo antes mencionado se rompe y quedamos frente a un dictador que ejerce, mediante su obra, un autoritarismo emocional o intelectual. Si se nos dice qué pensar o qué sentir, ¿dónde queda la obra de arte como estímulo de ambos actos?

En este texto hablo específicamente del cine mexicano que toca temas sociales y que, por lo mismo, parece esperar que nos sintamos identificados y nos involucremos con él. Es un cine que, sin embargo, comete el error de exagerar el dolor y la violencia, y que sólo se centra en el lado negativo de las cosas. Un cine que, por lo mismo, no logra transmitir una proporción emocional similar a la de la vida cotidiana, que nos permita vivirnos como parte de ese mundo fílmico. Tal vez por eso en muchas ocasiones nos sentimos tan distantes, tan alejados de esa “otra realidad” que al mismo tiempo nos pide a gritos que formemos parte de ella durante 90 minutos y que salgamos, por lo menos, con una reflexión profunda y no sólo con el simple: “Estamos bien jodidos, ya ni modo”.

Quienes nos preocupamos por la situación de nuestro país decimos que es lamentable el hecho de que la televisión sea un medio tan corrupto, que los noticiarios manipulen siempre la verdad, que le



Alejandro González Iñárritu en el festival de San Sebastián, 2006. Fotografía: Mario Antonio Peña Zapatería, licencia cc 2.0: bit.ly/hPhiAn

digán al pueblo lo que debe creer, lo que debe sentir (entre otras cosas: quién es el malo). Me pregunto: ¿no pasa lo mismo con el cine mexicano?

Pensemos en la película *Beautiful*, de Alejandro González Iñárritu. A pesar de que está filmada en España y de que ninguno de los excelentes actores es mexicano, la película tiene esa clásica marca del director, quien siempre aborda temas trágicos (sociales, por supuesto) y los lleva a un extremo inverosímil de dolor y sordidez. Además, en esta ocasión quiso abordar tantos temas devastadores, que al final uno no sabía qué clase de huracán pasó y dejó tras de sí ese *collage* mal hecho sobre la violencia. Una no sólo no se puede identificar con ningún personaje, sino que el director la deja a una alejadísima de esa “realidad” con la que al mismo tiempo parece querer que se identifique, que se haga consciente, que sea testigo. Sin embargo, no entendimos la “fábula”, sólo salimos pensando: “En España también están bien jodidos”. Una se pregunta cómo es posible que hayamos sido aparentemente “testigos” de tanta violencia y que, al mismo tiempo, la sensación que nos invada sea una especie de apatía signada por la frase: “Ni modo, así son las cosas”.

Me atrevo a decir entonces que nuestro cine, por lo general, se ha vuelto demasiado predecible. Si voy a ver una película mexicana (me refiero a las películas más serias que se hacen en nuestro país y que ganan premios nacionales e internacionales, como las del propio González Iñárritu), sé que va a tratar temas ásperos: la pobreza, la política, el narcotráfico, la migración, etc. Si es difícil que una película mexicana nos sorprenda porque ya sabemos qué esperar, entonces podríamos decir que, de entrada, se ha perdido otro de los componentes más fascinantes del arte: el misterio.

Además de que me atrevería a afirmar que, no sólo como mexicanos sino como individuos que habitamos el mundo en esta época, en este siglo donde la violencia está en todas partes, los seres humanos tenemos un escudo ante ella: nada violento nos sorprende ni nos intimida visualmente. Esto debería ser un motivo para buscar alternativas artísticas lejanas al “amarillismo” para mostrar las cosas. Es lamentable que el morbo que podemos ver en los periódicos y noticieros de nota roja se cuele tan descaradamente en nuestro cine.



El problema empieza cuando una película de este género intenta reflejar la realidad utilizando solamente sus partes más “duras” y cuando, además, opta por exagerarlas tanto que pierde verosimilitud. En esos casos sólo nos abren la puerta, pero no nos permiten entrar; sólo podemos ver ese mundo (el de la película) irreal, lamentable y doloroso desde lejos. No nos salimos de la butaca emocional.

Jacques Lacan dijo: “El vínculo entre arte y violencia ha sido una constante en la historia de la cultura, ya que el artista refleja su realidad. El artista, además, no necesita de paliativos para suavizar la violencia; en



cambio, necesita exponerla en todo su esplendor, y por ello, cada vez existe un arte más crudo”. El problema no es que nos muestren la violencia, mucho menos la violencia en sí; podríamos decir incluso que la violencia nos es necesaria dentro del arte, dado que el arte es ese reflejo de la realidad. El problema ocurre, más bien, cuando se pretende manipular esa violencia sin un justo fondo, sólo regodeándose en lo violento por el puro placer de hacerlo.

Como contraste, recuerdo perfectamente la extraordinaria experiencia de ver la película de animación iraní *Persépolis*. Aparentemente, era imposible que yo (una mexicana) me identificara con una animación que

trata sobre una niña iraní que crece en plena Revolución Islámica. Sin embargo, pocas veces me he sentido tan cercana a un personaje como a Marjane. La manera en que se aborda un tema tan fuerte como la guerra y se combina con el sentido del humor, ese equilibrio que se mantiene durante toda la película entre el dolor y la alegría, logran en el espectador la percepción de un mundo completo en el que es fácil entrar. También podría hablar de la directora Doris Dörrie, quien en sus películas aborda temas profundos y los trata con la complejidad humana que se requiere para dejarnos pensando. Su última película, *La peluquera*, es una especie de caleidoscopio: hay dolor, tragedia, amor, desamor, risa, incluso persecuciones de migrantes. Pero lo principal es la belleza y el cuidado arquitectónico con que está hecho el caleidoscopio.

Un ejemplo más, para seguir hablando del cine actual, es *Tetro*, de Francis Ford Coppola. Esta película es una especie de oda a la ópera y, como tal, aguanta ciertas cosas que no aguantaría otro tipo de película. Aunque en algunas escenas no hay quizá un justo equilibrio, un balance entre positivo y negativo, el fondo (quizá lo más importante en el arte) está perfectamente equilibrado. Y aunque en muchos momentos la película se encuentra a punto de pasar la delgadísima línea del melodrama, siempre se salva. El director ha encontrado una manera casi “escandalosa” de hacernos saborear el dolor. Podría decir que, a diferencia de González Iñárritu, Coppola no busca hacer más dolorosas las cosas, sino que simplemente sabe cómo enseñarnos con maestría la carne recién cortada por la navaja y dejarnos estupefactos. Coppola parece comprender muy bien que para tratar la violencia es necesaria mu-



cha creatividad, pues de otra manera simplemente se quedaría en el lugar común.

Por supuesto que para gustos se hicieron los cineastas. Y cada quien elige desde qué punto tratar la tragedia. Sin embargo, recuerdo una magnífica frase del filósofo italiano Gianni Vattimo, que viene muy bien en este momento: “Podemos hablar de arte violento, de obras que incluyen escenas de crueldad, o de un arte que denuncia la violencia social y pública; es decir, el arte comprometido, como lo entendía Sartre”.

Si el mundo no es blanco ni negro, un cineasta que quiere que entremos a su mundo y que nos podamos sentir parte de él debe construir un mundo que tampoco sea blanco ni negro. Considero que uno de los principales problemas en el cine mexicano es que el mundo suele ser tan negro que nos deja ciegos. Se nos cierra la puerta o se nos apaga la luz, y entonces todo es oscuridad: se nos ha dejado completamente fuera de la película.

Por supuesto, es una realidad que en México la situación es dura, que la pobreza extrema va en aumento, que la migración a Estados Unidos aumenta, que en la policía y en el gobierno hay demasiada corrupción. Es verdad que el narcotráfico se ha vuelto uno de los asuntos más terribles y dolorosos de nuestro país. Por lo mismo, me parece importante que el cine crítico, el cine serio, aborde estos temas. Pero si la realidad es dura,

es así de dura precisamente porque es real. Cuando se pretende agregar dolor al dolor, se termina haciendo melodrama y no cine serio.

Además, me parece que no debemos limitar a nuestro país a hacer siempre cine triste. Es lamentable que al ver una película mexicana ya sepamos que debemos salir afectados porque el ambiente era triste, el tema era triste y nos lo dieron todo en cucharadas tristes. Me pregunto: ¿por qué no dejarnos una mirada más amplia donde la crítica esté implícita y no explícita, donde se nos permita sentir lo que se nos dé la gana (lo que surja) y no lo que el director nos exija sentir? Pienso que el cine de crítica social debería ser manejado desde todos los puntos, para empezar porque para “salir del hoyo” también se necesitan cuerdas.

Es verdad, por supuesto, que provocar está en la naturaleza de toda obra de arte. Sin embargo, nunca estaré de acuerdo con el arte que se queda simplemente en la provocación por la provocación misma. Me parece arte superficial, antiarte. Si a lo largo de toda la película se me dijo que debo sentir dolor, no tengo posibilidad de diálogo: estoy frente al monólogo autócrata de un director de cine. Y si la intención del director es hacer “crítica social”, pero más bien me presenta su obra como un drama sin límite alguno, entonces lo que logra es la anticrítica, mediante la cual termina ejerciendo, sobre mí y sobre todo espectador, el peso de su autoritarismo emocional e intelectual. **▲▲**

